

---

CONDILLAC Y EL NIÑO  
DE AVEYRON (1800):  
SENSACIÓN Y SILENCIO

RAYMUNDO MIER

---

1. EXCEPCIONALIDAD Y ANOMALÍA DEL SILENCIO:  
LOS NUEVOS SÍNTOMAS DEL ALMA

Los umbrales del siglo XIX señalan el ascenso de las nuevas imágenes de las perturbaciones del alma, su asentamiento en una fisiología positiva, el reconocimiento de la posición singular del tejido nervioso y la multiplicación de los signos que emanaban de los nuevos conocimientos de la biología de los cuerpos. Al mismo tiempo, este umbral marca la consolidación de una nueva fisonomía de la familia y de la infancia. El niño aparece con un perfil equívoco pero intensamente iluminado; las transformaciones en la concepción de infancia corrían paralelas a nuevas invenciones del espacio urbano, fruto de los bordes recién aparecidos que separaban las prácticas íntimas y la vida pública, las nuevas diferenciaciones en la trama familiar, la reconstitución de los tiempos de vida y las edades de los sujetos y las historias, las de las incipientes pasiones de la privacidad y las rabias públicas del aislamiento. Nuevas formas de diferenciación social se sustentaban en esta separación de las intimidades y los afectos, en esta mirada emergente sobre las perturbaciones y las desviaciones de los comportamientos. Una singular forma de proximidad en el tiempo y en el espacio articula a los miembros de la familia; simultáneamente los aleja al diferenciar sus rutinas, sus disciplinas y sus

adiestramientos; la mutación de las tramas de actos y de bienes cotidianos y la articulación inédita de los procesos urbanos y productivos engendra a su vez, nuevas percepciones de la progresión del tiempo y de las legitimidades equívocas de la herencia.

La educación de los niños sufrió el impacto de todos estos sacudimientos: el surgimiento del espacio familiar y la transformación de las condiciones de la reclusión y el trabajo infantiles, de la separación de los niños de sus familias, el trazo de nuevos contornos para la normalidad, la subrepticia divulgación de las imágenes que atestiguaban inequívocamente las sexualidades infantiles. Por primera vez, el niño se inscribía plenamente en la rejilla de las sexualidades. El dominio del orden biológico permea, a su vez, las tentaciones de la filosofía y los dictámenes y políticas demográficas en la nascente conciencia de los conflictos poblacionales en las ciudades. La aparición y conflictiva implantación de las convicciones evolucionistas que cristalizan en la emergencia de Darwin van a trastocar paulatina pero decisivamente el régimen de la mirada sobre la infancia. La imagen del futuro, que se insinúa apenas en sus nuevos rasgos a partir del entusiasmo de la Revolución a fines del siglo XVIII, arrastra la naturaleza infantil al orden de las identidades postergadas, se alía con la imagen de la femineidad como trama de identidades incipientes y con las jerarquías raciales; las imágenes del fresco histórico de las morfologías humanas como estratificación en la secuencia ascendente de los cuerpos hacia la plenitud europea.

Las morfologías corporales, el reconocimiento en la infancia de caracteres fisiológicos incipientes pero definidos en los que se insinúan apenas las plenitudes tardías de la fisiología adulta, la aparición plena de la figura de la incompletud de las identidades se confunde con los jirones de la filosofía empirista, los fuertes anclajes del racionalismo y del empirismo en la transformación de las concepciones de aprendizaje. Locke y Condillac refuerzan esta imagen de un trayecto vacilante, desarticulado, de un lugar cardinal de la experiencia en la progresión de las identidades. La segmentación de las facultades del espíritu, la autonomía y singularidad de los sentidos, la heterogeneidad de los ritmos y los regímenes del desenvolvimiento del alma la jerarquía de las percepciones son imágenes de la construcción de espíritu humano que se conjugan con las expectativas de la visión kantiana del entendimiento y con la "antropología negativa" (Starobinski) de Rousseau, que introduce una tensión en la perspectiva evolutiva de Condillac.

Condillac, que había contemplado una "evolución" expansiva de las "operaciones del alma" transitando armoniosamente de un estado a otro, conjeturó un progreso del espíritu, nuevas alternativas de la comprensión: el hombre no estaba confinado a un conjunto de ideas particulares. Para Condillac, de la masa de percepciones de los sentidos podían surgir

combinaciones novedosas, nuevas representaciones creadas por los inesperados pero afortunados hallazgos, fruto de la asociación conceptual y la fuerza articuladora de las palabras. Rousseau habría de responder ásperamente a esta visión. La concepción de Rousseau opone, a la expansión apacible de Condillac, la imagen de mutación hecha de abandonos y laceraciones, una vía tensa, discontinua, un trayecto en el orden de las representaciones, y que es también un trayecto en el desaliento de la plenitud primordial del estado de naturaleza, del momento de la plenitud originaria de los hombres.

En este umbral, en el que emergen nuevos objetos y espacios, nuevas concepciones; en este momento, en que se engendran las figuras modernas de la clausura, con su vastedad y transparencia equívocas, aparecen en 1799 los actores de un episodio singular. Ocurre algo que tiene los perfiles de un accidente y de una extravagancia, de un incidente a la vez nimio pero profundamente significativo, incluso podría decirse "sintomático". Un niño que había sido visto ya hacía tiempo merodeando el poblado en la localidad de Saint-Sernin, fue finalmente capturado por tres cazadores. Después de haber sufrido algunos días de cautiverio escapa para después ingresar, esta vez definitivamente, en otras inclemencias: las de la pedagogía y la modelación, según los márgenes del orden civilizado. Privado de habla e incapaz de comprender el lenguaje, entra al ámbito limítrofe de la enfermedad; se subraya, también, en su fisonomía, la presencia de esas sombras perceptibles de la monstruosidad. Después de la captura y buscando describir sus particularidades, el comisario de gobierno en el cantón de Saint-Sernin señala en primer lugar que este niño de entre 12 y 15 años de edad: «parece estar sordo y mudo de nacimiento». Y añade inmediatamente después: *"hay algo extraordinario en su comportamiento que lo hace aparecer cercano al estado de los animales salvajes 1"*. La proximidad del salvajismo con la animalidad confiere a su anomalía ese parentesco singular con lo monstruoso, con lo radicalmente extrínseco a las naturalezas reconocibles: zona limítrofe entre la enfermedad y el salvajismo, la animalidad y la infancia, la pureza primigenia del estado de pura naturaleza y el desamparo del abandono. Con fecha 3 del Pluvioso, del año 8, el comisario de la administración municipal del cantón de Saint-Sernin escribe el siguiente comunicado:

Ciudadano, desde hace varios días se ha extendido el rumor de que en nuestro distrito se ha capturado un niño de 12 ó 13 años, que, *por sus maneras, gestos y apariencia parece un salvaje*. Esta noticia, que hasta ahora no tiene carácter oficial, adquiere, sin embargo, cada vez más consistencia, sin tener en cuenta todas las cosas sin sentido que se han dicho sobre este tema. Parece que la realidad de este hecho ya no puede ponerse en duda, una vez que se prescinde de todo lo que está en contra del sano juicio. Estoy extrañado de que no me hayáis informado de *un hecho que de ninguna forma debería ser ajeno a la administración*

*cantonal y a mí, porque, en primer lugar, es asunto de la policía, y en segundo lugar, es un asunto de un gran interés potencial para el observador científico y el naturalista. Suponiendo que el individuo capturado haya permanecido ajeno a la sociedad, la administración ha pensado que en ese caso, debe ser conducido hasta aquí para que se puedan observar sus primeras acciones antes de que haya adquirido ideas específicas a este respecto, ya sea mediante el hábito o la instrucción.* La administración me ha encargado que en este caso os transmita sus deseos, que son muy diferentes de los originados por una sana curiosidad, ya que tienen por objeto realizar investigaciones y observaciones útiles que serán recogidas por el profesor de historia natural.

Así pues, ciudadano, sírvase tomar, sin demora alguna, las medidas oportunas para cumplir las intenciones de la administración cantonal o informarse de la falsedad del rumor extendido, en el caso de que no tenga ningún fundamento real. P.S.: Sírvase enviar copia de mi carta al comisario de la administración en Saint-Afrigue, en el caso de que el individuo capturado se encuentre en ese municipio, como me han asegurado. Indicad también en mi nombre a vuestro colega que *este muchacho sea trasladado a Rodez sin tardanza alguna* <sup>2</sup>.

Esta carta pone en evidencia la particular configuración de los criterios, las disciplinas, las formas de gestión, los puntos nodales en que las miradas surgidas de las “policías” y las concepciones de la normalidad se articulan y se enrarecen recíprocamente. Se menciona en ella, de manera evidente, la primera y notoria señal de un ejercicio taxonómico: la aparición del “perfil” de lo salvaje, reconocible, entregado a la mirada, desplegado en la superficie y la morfología de los cuerpos, en su expresividad, en una historia de abandono, de exclusión, de confinamiento en la exterioridad del vínculo social, perceptible en el estado y la fisonomía de su piel, de su mirada, de sus cabellos, del cuidado de sí mismo.

Esta taxonomía “natural”, inmediata, irreflexiva, de la monstruosidad; este despliegue patente, irrefutable de la exterioridad radical hace evidente otro criterio clasificatorio. La morfología de ese cuerpo, cuya monstruosidad lo aproxima al animal, los umbrales de su expresividad escandalosamente humanos y exuberantes, incluso inquietantes —pasa del silencio al grito o a explosiones desconcertantes de risa sin transición y sin motivo aparente— los ritmos en que ésta se despliega; son estos ritmos, estas intensidades inadmisibles, esta suspensión del carácter dialogante de la expresividad, esta aparente arbitrariedad de la irrupción de la gestualidad y las emociones las que sitúan a este ser en un espacio limítrofe de la racionalidad del alma, en un ámbito de locura, en un espectro de conductas ajeno a la imagen todavía infantil del niño de Aveyron.

Pero algo también llamativo es la preocupación administrativa. Este encuentro no es ajeno a las políticas de población. Es más, las compromete. Es difícil hoy hacernos una idea de las tribulaciones administrativas que conlleva el puro encuentro de este infortunado ser “próximo a las bestias”.

Sin embargo, es preciso admitir que sacude en el centro las políticas de gestión de los asilos, los límites de la libertad comprometida para los sujetos al margen de los regímenes modeladores de las identidades sociales, los criterios para el confinamiento de los delincuentes y otros transgresores de las prescripciones civiles. ¿Se le debe recluir como a un loco o un idiota, o bien se le debe confiar a un internado como un rezagado, falto de educación, excluido del universo de los adiestramientos y el desarrollo de las facultades? ¿Se le debe inscribir en el orden de los enfermos o se debe advertir en su conducta la amenaza intrínseca de la agresividad de las criaturas silvestres? La fractura de las clasificaciones involucra también una vacilación de las políticas de población que sólo la observación detallada de su evolución, tras el contacto purificador de la enseñanza, puede contener. Esta observación de la evolución tiene, pues, un doble sentido: un sentido alegórico y un sentido político. Alegóricamente, esta irrupción de la anomalía era también un género de las aberraciones históricas, una irrupción providencial de un acontecimiento promisorio para el conocimiento de lo humano, una oportunidad para reconocer la trayectoria ontogenética del hombre. Era posible mirar en ese drama íntimo, casi desdeñable de una animalidad transicional, condensada en esos ínfimos desgarramientos, precipitada en esos dramas informulables, la historia del progreso civilizatorio de la humanidad figurado en esa contienda silenciosa del hombre natural con el lenguaje.

Ese espectáculo de una alegoría improbable, providencial, ofrecía la oportunidad, también, para el establecer la validez de las nuevas postulaciones de una observación positiva y de sus resonancias políticas. Es preciso, entonces, reconstruir esta posición informulable, al mismo tiempo anómala y providencial, amenazante y exaltante, del niño de Aveyron. Se hizo imperativo encuadrarlo en esa región paradójica de los seres virtualmente humanos, definirlo según esa extravagante categoría donde se arrinconan y se confunde a los inclasificables, a ese tajo taxonómico que finalmente prescribe un lugar a los anómalos, que prescribe un perfil a los bordes de la inquietud social, a las ansiedades engendradas por la perturbación de los hábitos. El niño de Aveyron será plenamente un individuo *anormal*.

El individuo "anormal" del que se ocupan desde finales el siglo XIX tantas instituciones, discursos y saberes, proviene a la vez de la excepción jurídico-natural del monstruo, de la multitud de los incorregibles sometidos a los aparatos de corrección y del secreto a voces de las sexualidades infantiles. Las tres figuras del monstruo, del incorregible y del onanista, no llegarán, hablando con propiedad, a confundirse entre sí. Se inscribirán, por el contrario, cada una de ellas en sistemas autónomos de referencia científica: el monstruo en una teratología y en una embriología que encuentran en Geoffrey Saint-Hilaire su primera y visible coherencia científica <sup>3</sup>.

No obstante, esta anormalidad se inscribía también en una encrucijada médica y filosófica. Esta atención dedicada por los saberes y las directrices institucionales definía un nuevo espacio para esta anomalía particular. No era simplemente una anomalía más, sino también una excepcionalidad. Esta “anomalía” se inscribía, es verdad, en los márgenes de lo jurídico y lo natural, en las expectativas de la naciente pedagogía, en las aspiraciones indeclinables de la disciplina, en los anhelos de construir un método para disipar los comportamientos divergentes, y restaurar la serenidad de los vínculos entre los ciudadanos, asegurar el retorno a la normalidad; pero esa anomalía singular hacía visible, corporal, tangible el sentido de las alegorías filosóficas del sensualismo, su figura; de una subjetividad surgida y ordenada entorno del imperio de los sentidos, hacía tangible y corporal una nostalgia extraña por un estado de plenitud primordial, para siempre perdido, que asediaba los fantasmas de Rousseau.

El niño de Aveyron fue sometido a una disciplina para doblegar su anormalidad: objeto de intervención médica y observación, y registro sistemático de sus condiciones primarias, sometido a las jerarquías del adiestramiento pedagógico y lingüístico —obligado a ejercicios llevados hasta la extenuación para que diferenciara las texturas, las sonoridades, las formas, las posiciones, los lugares; para que reconociera órdenes, definiciones, usos; sometido a violencias disciplinarias —desde el castigo y uso del miedo y del hostigamiento para lograr la obediencia, hasta la enseñanza infructuosa de hábitos de cortesía, de maneras, de docilidades diversas— y estrategias de control psicológico —un conductismo incipiente se ejercitaba, recompensándolo por sus aciertos y amenazándolo por sus reticencias y explosiones de agresividad— confinándolo con objetivos de conocimiento siquiátrico y lucubraciones de matriz especulativa.

Victor d’Aveyron se constituyó en la materia paradójica de operaciones divergentes: la delimitación de los alcances positivos de la especulación sensualista de Condillac, la definición de sus límites, la ponderación de sus fracasos; al mismo tiempo, la estrategia de confinamiento y “curación” afincaba la relativa validez de la *medicina moral* de Pinet, que irrumpía como una incipiente fractura en la concepción del alma humana y que anunciaba los difusos antecedentes de la sicoterapia. En su concepción de la enfermedad mental expuesta en *Nosographie Philosophique* (1798), Pinet había distinguido cuatro tipos de enfermedad mental: manía, melancolía, demencia e idiotez. El niño de Aveyron perturbaba los cuadros nosográficos, las taxonomías levantadas para encontrar la enfermedad mental: a un tiempo enfermo y no, su anomalía era doble. Anomalía de los anómalos. Pinet le concedió el extraño privilegio de ser un simulacro de enfermedad mental, un *pretendu sauvage* que, sin embargo, pertenecía a la clase de los ‘idiotas’, mientras que Itard, más tarde, llegará a otra categoría: el

*pretendu idiot*, que pertenecía a la clase de los marginados del proceso de educación, en apariencia con los perfiles del sordomudo, pero fusionados con perturbaciones características de la atención. Incapaz de hablar, carente de signos, por lo indoblegable de su atención a la deriva, de su precipitación en la satisfacción del instante, de su ausencia de historia.

Pero los “progresos” del niño de Aveyron, tanto como sus definitivas imposibilidades, hicieron visibles también los vacíos que abrían una nueva trayectoria en las consideraciones sobre la naturaleza del lenguaje y sobre las condiciones positivas de su adquisición. El mutismo irreversible del niño de Aveyron reveló una finitud radical de la capacidad humana del lenguaje, un mutismo capaz de significar, incluso en los signos desplazados a los bordes de las reglas que rigen la expresión significativa. Eran signos irreductibles a la luminosidad de los signos articulados. El mutismo del niño de Aveyron reveló también una subjetividad incalculable que emerge al margen de la lengua, y un carácter lateral, un carácter al mismo tiempo suplementario e incierto del lenguaje que acompaña a otra significación, inarticulable, de la disposición afectiva de los cuerpos, las tensiones perceptibles en el cuerpo que acompañan a la mirada atenta, a las percepciones; otro orden de la construcción de los objetos y de las formas de la identidad del sí mismo. Estos límites se dibujaban incluso de manera negativa, como un rechazo o como un extrañamiento, incluso como una condena o la afirmación de una exclusión. En el informe, el primero que se haya formulado sobre el caso, proporcionado por Pierre-Joseph Bonnaterre, realizado durante la estancia de Victor d’Aveyron en Rodez, podemos leer:

*Indicios de imbecilidad.* Todos estos pequeños detalles, y muchos otros que podríamos añadir, prueban que este niño no está totalmente desprovisto de inteligencia, de reflexión ni de razonamiento; sin embargo, nos vemos obligados a decir que en todos los casos en los que no se trataba de satisfacer sus necesidades naturales ni su apetito, sólo se ven en él funciones puramente animales; si tiene sensaciones, no logran producir ninguna idea; tampoco posee la facultad de compararlas entre ellas; podríamos decir que no tiene ninguna correspondencia entre su alma y su cuerpo, y que no reflexiona sobre nada. Por tanto, no tiene discernimiento, ni espíritu ni memoria. Este estado de imbecilidad se manifiesta en sus miradas, que no las fija en ningún objeto; en los sonidos de su voz, que son discordantes, inarticulados, y los emite día y noche; en su marcha, pues va siempre al trote o al galope; en sus acciones que no tienen objetivos y carecen de determinación <sup>4</sup>.

La agudeza de esta inteligencia intermitente, utilitaria, meramente instintiva y funcional perturba las clasificaciones, obliga a imaginar gamas en la rectitud de las almas, transiciones continuas entre los perfiles contrastantes del espíritu; borra la aspereza de las categorías definitorias de la perturbación y disipa la ansiedad de las anomalías, pero al mismo tiempo

agudiza la concepción de una discontinuidad constitutiva en el seno mismo de la identidad del sujeto. Las sensaciones y el entendimiento que hubieran debido encontrar una continuidad natural, una articulación congruente, una mutua integración, se encuentran implantados como islotes heterogéneos del discernimiento; la capacidad fundamental que hace posible el razonamiento: la asociación, la expansión del razonamiento analógico se contempla como una región circunscrita, como una potencia contenida; el confinamiento de las sensaciones y la autonomía dispersa de la razón hablarían de una anomalía extrema, de una suspensión de los rasgos de humanidad: el cuerpo y el alma se distancian, no queda siquiera la intensidad de la pasión o los extravíos de la verdad perturbadora del cuerpo, que Descartes reconocía como un orden suplementario, capaz de trastocar otra verdad fundamental: la verdad de la razón. No hay esas dos verdades que resuenan con timbres inarmónicos, en juegos de discordancias pero también de interferencias e intensificaciones recíprocas.

Pero en este sacudimiento y desdibujamiento de las categorías, la anulación del discernimiento, fruto de esta discontinuidad entre la sensación y la idea, deriva también en una supresión de la historia del sujeto. Privado de memoria, queda al margen del aprendizaje, pero también al margen de su propia identidad. Ni evocaciones ni anticipación; ni reminiscencias de la vida, ni derivaciones lógicas que permitan la progresión del conocimiento; ni recuerdo de sí mismo, ni deseo de su propia negación en el deseo proyectado sobre el futuro y la clausura del futuro arrastra consigo la intencionalidad y, por consiguiente, la moral. No hay sedimentación de las ideas, ni sustento para las reciprocidades y la congruencia de las voluntades colectivas; se ha suspendido la sedimentación de las representaciones, el anclaje de la intensidad orientada de la atención, el terreno inmovible de una identidad consolidada por la acumulación de experiencias, y que surge del movimiento expansivo de las asociaciones. Las asociaciones, desde el siglo XVIII, se despliegan en el juego envolvente de la experiencia, es decir, incorporando el espectro de los objetos y los conceptos, de las palabras y la sintaxis, de los espacios y las percepciones, pero también acrecentando la densidad temporal. La monstruosidad reside en esa destrucción de la historia singular, de la historia de la colectividad, en esta inmersión en el acontecimiento y en esta vida sin sedimentaciones ni identidades.

2. CONDILLAC Y EL ENTENDIMIENTO FRAGMENTADO:  
TEORÍA DE LAS FACULTADES  
Y LA PARÁBOLA DEL CUERPO COMPOSICIONAL

Condillac abre su célebre *Traité des sensations* con una extraña advertencia que señala unas condiciones singulares para la lectura de ese trabajo. Esas condiciones trazan el círculo de una lectura imposible. En la página inicial de su *Traité*, Condillac inscribe:

Olvidé prevenir sobre una cosa que habría debido decir, y quizá repetir en múltiples pasajes de esta obra, pero cuento con que la mera confesión de este olvido valdrá por las repeticiones, eludiendo sus inconvenientes. Advierto, pues, que es muy importante ponerse exactamente en el lugar de la estatua que vamos a observar. Es preciso que comencemos a existir con su comienzo, no tener más que un solo sentido cuando ella no tiene más que uno; no adquirir sino las ideas que ella adquiere, no contraer sino los hábitos que ella contrae: en una palabra, no ser más que lo que ella es. Ella, por su parte, no juzgará las cosas a nuestro modo más que cuando logre tener todos nuestros sentidos y toda nuestra experiencia; y nosotros, a nuestra vez, no juzgaremos como ella más que cuando nos asumamos privados de lo que ella carece. Creo que los lectores que logren ponerse exactamente en su lugar no tendrán dificultad en entender esta obra; los otros no dejarán de oponerme innumerables dificultades.

No se comprende aún lo que es la estatua que me propongo observar; y esta advertencia podrá parecer sin duda fuera de lugar, pero es esta precisamente una razón adicional para ponerla de relieve y para no olvidarla <sup>5</sup>.

El texto de Condillac revoca en sus inicios su propia lectura o bien reclama un juego de identificaciones equívoco. Esta extraña advertencia, que abre el texto, habla al lector no como una anticipación, sino como un comentario añadido al final de la lectura. No solamente trastoca los tiempos de la lectura: le impone al lector los tiempos de la escritura, la identificación con los momentos de la trayectoria de Condillac: “*Olvidé prevenir al lector*”, leemos en el párrafo inaugural del trabajo. Ese testimonio del olvido, esa confesión, presupone una lectura concluida, una escritura concluida, una reflexión hecha al término del impulso de escribir. El tiempo de ese olvido es también el de un olvido de la lectura. “Prevento al lector de que olvidé prevenir”, dice paradójicamente Condillac. Esas instrucciones inaugurales aparecen como una reflexión suplementaria, la reparación de una anomalía de texto que aún no se ha leído, como una meditación casi íntima aunque tardía, una confesión impropia, una revelación y el lamento de una falta que no ha sido cometida y que ha sido en apariencia conjurada antes de que aparezca; es la restitución, postergada involuntariamente, de un fragmento omitido y que ha proyectado una sombra sobre la lectura. Condillac habla al lector desde la posición de quien acaba de concluir de escribir el trabajo, le pide que abandone por

un momento su espacio de la lectura para inscribirse en la esfera misma del autor, en sus tiempos, que se confunda con sus propios reproches, que rescate y admita sus inquietudes y sus reservas, que *conozca* y sepa de antemano el texto que inicia y calibre la dificultad de una comprensión que aún no ejercita.

Pero no es esta torsión la única —incluso no es tampoco la más significativa— en la reflexión de Condillac; hay otra más significativa: otra torsión interior, *constitutiva* del texto. Condillac hablará, a través de la parábola, de una estatua que adquiere, alternativamente, una de las facultades humanas, para luego ir componiéndolas entre sí, construyendo a sí misma como una articulación de sentidos, de posibilidades. Cada sentido ofrece así su perfil propio, sus propios límites, su propia textura; surge así un modelo de subjetividad, de una conciencia que se afirma progresivamente en esta convergencia de islotes autónomos de sensibilidad. Esta estatua evoca a un hombre, aunque despojado de sus rasgos de conciencia más evidentes. Se transita desde la mineralidad pura de la efigie privada en absoluto de sus facultades, hasta la culminación de la conciencia pasando por la animalidad. Este tránsito es el que Condillac está solicitando al lector, exigiéndole también, al mismo tiempo, una lucidez sin falla, un pleno despliegue de su discernimiento a lo largo de la lectura, solicitándole que impida, durante esa progresiva adquisición de facultades a lo largo de la lectura, cualquier desfallecimiento de la imaginación.

Condillac exige entonces una escisión entre la capacidad de imaginar, el ejercicio de una identificación plena con lo que se lee, y un distanciamiento analítico. Que el lector asuma dos identidades: que mantenga a lo largo del texto una atención vigilante, una comparación incesante entre los distintos estados de la evolución de la criatura imaginaria, que recobre los matices de esa densidad histórica de ese personaje ejemplar. Una lectura lúcida, inteligente, plena. Y simultáneamente, le exige que asuma, mediante un ejercicio impresionante de la imaginación, una negación de sí mismo, un abatimiento de sus capacidades: que enmudezca, que se prive de la imaginación del tacto, que se vuelque a la ceguera, que cese de recordar, que abandone la pasión misma que lo conduce en la lectura. La imaginación que deberá acompañar la lectura de su texto deberá desplegar, para Condillac, una facultad de ficción llevada casi hasta la exaltación alucinatoria. Ese dualismo de una lectura sin desfallecimientos y la fusión de la identidad del lector con la figura inerte de la estatua admite la posición paradójica de la escritura filosófica: asume la posición analítica de quien escribe. Una doble alienación de la lectura: ser a su vez el simulacro inanimado de una estatua y la emanación de la inteligencia que escribe. La lectura, en Condillac, se revela como una disciplina imposible, pero sin la cual, el lector está condenado a la incompreensión. Progresar

hasta el entendimiento desde el vacío del entendimiento, constituirse a sí mismo en un ser fragmentado desde la plenitud de la conciencia subjetiva de quien lee apasionadamente, adoptar la mirada fija de una “estatua” que habrá de adquirir, progresivamente, un deseo de diversidad del cual carece en el inicio del texto. El lector debe ser en el inicio el ser sin deseo y sin memoria, sin pasión y sin otro apetito que su propia sobrevivencia, sin discernimiento y sin identidad, y desde este vacío transitar hasta la plenitud del hombre que medita, que escribe.

Al término de la lectura, la parábola ha llevado a la estatua a su punto culminante. Una vez concluida su penosa transición, la que fuera alguna vez estatua, asume plenamente su condición humana mediante la irrupción de la autorreflexividad y con ella, con la violenta aparición de la autorreflexividad, la inauguración del mundo:

*¿Quién soy, dirá ella, y quién he sido? ¿Qué son estos sonidos, estos olores, estos sabores, estos colores que he tomado sucesivamente como maneras de ser, y que los objetos parecen ahora arrebatar-me? ¿Qué es esta extensión que descubro en mí y más allá de mí sin bordes? [...] ¿Qué es entonces esta cadena de sentimientos que ha hecho de mí lo que soy, y que acaso ha conformado para mí todo lo que me rodea* <sup>6</sup>?

La transición de la mineralidad de la estatua a la naturaleza plena es también la configuración de sí mismo y la configuración del mundo. En el principio, el lector, vaciado de sí mismo carece también de mundo, va construyéndolo a medida que avanza en la lectura, construye esa disciplina de reflexión sobre sí, esa vacilación sobre la interioridad de sí mismo y la exterioridad del mundo, pero construye también la fuerza engendradora del placer y del dolor, ausentes en los contornos inertes de la estatua.

*No tenía ninguna conciencia de mí misma; yo era, pero vacía de deseos, de temores; apenas gozaba de mí misma, y de haber continuado esa existencia no habría imaginado jamás que mi existencia pudiera conjuntar dos instantes. Pero experimento sucesivamente muchas sensaciones: ocupan mi capacidad de sentir según la proporción de dolor o de placer que las acompañan y es esta proporción la que las hace perdurar en mi memoria, incluso cuando han abandonado el órgano. Mi atención se reparte entre ellas, las comparo, juzgo sus relaciones, me hago ideas abstractas, conozco las verdades generales [...]; tengo necesidades, modelo deseos, amo, odio, anhelo, temo, tengo pasiones; y mi memoria me obedece en ocasiones con tal vivacidad que me imagino experimentando sensaciones que no son sino recuerdos. Asombrada de lo que pasa en mí, me observo con mayor atención. A cada instante siento que no soy quien he sido. Me parece que he dejado de ser yo, para convertirme en otra mí misma* <sup>7</sup>.

El lector debe asumir, entonces, desde el inicio mismo del texto, que nada le interesa salvo su propia preservación, como le ocurre a este peculiar

simulacro inanimado, la estatua, esa opacidad inerte y ficticia. Esta lectura que en un principio no debe ser capaz de fijar la atención en ningún objeto que se aparte de esta esfera de la pura satisfacción, reclama, sin embargo, de la fijeza y la lucidez, del apego de la identificación ficticia, de la fidelidad al fantasma propuesto por la ficción filosófica. Se trata, pues, de una lectura dual y paradójica: reclama una mirada escindida, una doble identificación, una doble posición de la mirada y del entendimiento que se sumerge en el texto. Pero también una doble identidad temporal. Pero la imposibilidad de la mirada no surge sólo de esta escisión impracticable, de este leer desde dos identidades, desde dos posiciones, pretendiendo recobrar el texto para dos naturalezas distintas.

La reflexión de Condillac insinúa también una posición sobre la naturaleza, el origen, el destino y los equívocos del lenguaje. La parábola de la estatua conlleva una brutal paradoja en el lenguaje: esa identidad del lector y su estatua es también una primera identidad en el vacío de los signos, que se sobrepone a la identidad del lector con la agudeza lingüística de la escritura.

Como la estatua carece de uso alguno de los signos, no puede clasificar sus ideas con orden y, consecuentemente, tampoco tener ideas tan generales como las nuestras. [...] Si un niño no habla todavía, carece de aquéllas [ideas] suficientemente generales para ser comunes a dos o tres individuos; será imposible enseñarle a hablar, puesto que no se puede comenzar a hablar una lengua, ya que antes de hablar se ha de tener algo qué decir, ya que se tienen ideas generales: toda proposición las incluye necesariamente <sup>8</sup>.

En esta tensión entre generalidad de las ideas y su particularidad es donde se va a inscribir el régimen pedagógico. Enseñar el lenguaje es hacer posible ese tránsito. Un tránsito que se hace posible, para Condillac, al “observar las diferencias y hacerse modelos para distinguirlas”, esa generalidad de la singularidad, esa progresión de la generalidad en el universo progresivo de las singularidades habla también del lugar del lenguaje y se presenta también como una exploración del lenguaje.

La comprensión de la parábola de Condillac exige esta dualidad imposible. Pedirle a la imaginación lo que es imposible para la memoria, o que se proscriba para el entendimiento. Como un vuelco paradójico en la historia de la razón terapéutica, esta parábola imposible, esta constelación de imágenes condenadas a la incomprensión por el propio Condillac, desde el lugar mismo de su escritura, se convierte en paradigma del pensamiento médico y modelo ejemplar en el tratamiento *positivo* de los sordomudos, así como en un sólido paradigma de trayecto pedagógico en la enseñanza del lenguaje.

3. ITARD:  
LAS SOMBRAS DE LA IMAGINARIA  
PEDAGOGÍA DEL LENGUAJE

El año de 1800 el niño salvaje es enviado al Instituto de Sordomudos, cuyo fundador y figura prominente era Sicard, el “padre de los sordomudos”. En sus inicios, el método de Sicard consolida fielmente e institucionaliza el de su antecesor Epée. Los elementos con los que Epée había erigido su concepción del *lenguaje de signos* habían surgido de una intuición primaria sobre la arbitrariedad de la materia de los signos, surgida quizá de una interpretación de Locke. Más tarde, fue la imaginación de Condillac la que rigió esa invención y la disciplina de aprendizaje de los signos gestuales llevados a los sordomudos, y que sustituía con la materia del movimiento corporal y las formas gestuales, la materia también arbitraria, pero inaccesible para ellos, del sonido. A la muerte de Epée, Sicard dirige el recién fundado Instituto de Sordomudos e instituye formalmente las terapias y disciplinas pedagógicas orientadas a enseñar el lenguaje a estas criaturas, hasta entonces vagamente perfiladas en la esfera médica. Sicard se constituye en el verdadero fundador de una disciplina íntegra que reclama un sólido fundamento pedagógico. El futuro “mentor” del niño de Aveyron, Michel Itard, habría de integrarse poco después, todavía joven, a dicho Instituto, para entonces hacerse cargo de Victor d’Aveyron.

Sin duda, la aparición del niño de Aveyron fue un acontecimiento radical: ni sordo ni mudo, pero incapaz de comprender ni de articular un lenguaje; dotado de todas sus facultades, aunque excluido del lenguaje por el efecto del abandono, constituía por sí mismo un síntoma enigmático de los límites intrínsecos del lenguaje y de la soberanía de los seres. Su aparición y sus capacidades y acciones velaban las certezas de la biología y desafiaban la crudeza de las concepciones filosóficas. Sin embargo, la ficción de Condillac había ya anticipado ese extravío: en el *Traité des Sensations*, Condillac relata el caso, sin duda legendario —aunque fechado por Condillac en 1694— de un niño de diez años encontrado en los bosques de Lituania, capaz de un aprendizaje completo de la lengua, pero al mismo tiempo incapaz de relatar la experiencia del olvido de su condición originaria, cuando se encontraba al margen del lenguaje. Más allá del lenguaje no hay memoria, no hay discernimiento entonces, tampoco pasión ni anticipación, no hay tiempo ni deseo, no hay tampoco meditación ni aprendizaje del dolor. El lenguaje, sugiere Condillac, inventa la memoria; todo aquello que se sitúa más allá de sus bordes se disipa sin huella, sin dejar siquiera las reminiscencias de una excitación. Itard percibirá con claridad el carácter limítrofe de quienes se encuentran al margen del lenguaje, reconoce la violencia de esta perturbación y lo declarará así puntualmente. No obstante, frente a otros casos similares destacaba en Victor atributos singulares:

los demás niños bravíos no hubieron de traer a su vida social sino facultades profundamente embotadas, contra las cuales —donde se haya intentado dirigirlos hacia una educación— no podían por menos de estrellarse los esfuerzos conjuntos de una metafísica en pañales, todavía resentida del prejuicio de las ideas innatas, y de una ciencia médica, cuyos puntos de vista, irremisiblemente alicortados por un mecanicismo radical, no podían remontarse a consideraciones filosóficas sobre las enfermedades del entendimiento. Iluminadas finalmente por la vívida antorcha del análisis y aliadas en mutuo valimiento, han venido estas ciencias a desembarazarse de sus ya rancios errores y han progresado en nuestros días con pasos de gigante. Cabía esperar, por tanto, que si, por un nuevo azar surgía un sujeto como los que nos traen interesados, ambas ciencias *no dejarían de desplegar para su desarrollo físico y anímico todos los expedientes de su actual conocimiento*; o que si semejante aplicación se hacía imposible o infructuosa, se hallaría por lo menos, en este siglo de observación, quien, *recogiendo con esmero el historial de un ser tan fascinante, estableciese lo que realmente es, y dedujese de aquello que le falta el caudal hasta la fecha incalculable de ideas y conocimientos que el hombre alcanza por la educación* <sup>9</sup>.

La convergencia entre una filosofía capaz de superar la “metafísica en pañales” y los nuevos perfiles de la ciencia médica habría de constituir, en el caso de Itard, una alianza esencial en la configuración de una pedagogía: una “medicina filosófica” que se aliaba a una “terapéutica moral”, erigida sobre la palabra y la condescendencia, pero sustentada, sin embargo, en una devoción estricta a la observación y al desempeño disciplinario. Esta pedagogía recibió la gracia de la milagrosa aparición del “niño salvaje”, ese azar que arrastró al idiota de Aveyron al punto de confluencia entre ambas disciplinas también dio cabida a quien habría de recoger el “historial de un ser tan fascinante”: el propio Itard. La exaltación de Itard ante esta súbita encarnación de la estatua de Condillac no podía dejar de arrastrar consigo la cauda paradójica de la parábola filosófica.

Una idea reaparece una y otra vez en las reflexiones de Itard sobre el proceso experimentado por el joven “salvaje”. A partir de la refutación de la tesis de las ideas innatas, la afirmación del lugar predominante, civilizador, de la civilización.

Echado al mundo sin fuerzas físicas y sin ideas innatas, impedido para obedecer por sí mismo a las propias leyes constitutivas de su organización, que lo destinan, sin embargo, al primer puesto en la escala de los seres, solamente en el seno de la sociedad puede el hombre acceder al lugar eminente que le fue señalado en la naturaleza; sin la civilización jamás podría llegar a situarse sino entre los más débiles y menos inteligentes animales. He aquí una verdad cien veces repetida pero nunca satisfactoriamente demostrada <sup>10</sup>.

Esa “verdad” convertida en lugar común, a la que se refiere Itard, no pone solamente en escena la congruencia entre la “finalidad” de la naturaleza

—la consagración del hombre— y la acción civilizatoria sino también el carácter propiamente humanizante del vínculo social. La escala de la animalidad se proyecta sobre la naturaleza humana: menor, más desprotegido, inferior al resto de los animales, todas sus facultades, memoria, racionalidad, reflexividad, pasión, surgen de este vínculo. Pero tanto esta tesis como su “olvido” tienen repercusiones expansivas; el olvido de la causa no solamente asegura la persistencia del efecto, también se mezclan aquí los universos disciplinarios e institucionales. Las estrategias de cura se traspasan en estrategias pedagógicas y éstas en instituciones educativas. Itard está convencido de que existe “la curabilidad de esta aparente idiotez”. En la inusual formulación de Itard, el fracaso institucional reconocible en casos “semejantes” previos emerge de ese olvido de las causas; la transparencia del enlace, la visibilidad de los trayectos de la institución a sus fundamentos metafísicos se dibuja nítidamente en las figuras disciplinarias adoptadas con el niño de Aveyron:

el casi constante resultado de que dichos sujetos permaneciesen impermeables a cualquier perfeccionamiento relevante, debido indudablemente a que, sin consideración a la peculiaridad de sus orígenes, se les quiso someter al sistema educativo habitual de la enseñanza pública <sup>11</sup>.

Esa alianza entre la institución pedagógica y los fundamentos metafísicos adquiere unos perfiles contrastantes en la formulación expresa del desafío filosófico de Itard:

Sea el problema metafísico siguiente: establecer cuál sería el grado de inteligencia y cuál la naturaleza de las ideas de un adolescente que, excluido desde su infancia de toda educación, hubiese vivido totalmente aislado respecto de los otros individuos de su especie; o yo no sé lo que me digo, o la única solución de este problema es la de no conceder a ese individuo más que una inteligencia circunscrita al reducido acervo de sus necesidades y despojada de todas las ideas simples y complejas que recibimos por la educación y que sólo por obra y gracia del lenguaje podemos combinar de mil maneras en nuestro entendimiento. Pues bien, a mi entender, no es sino este el cuadro moral del niño bravío del Aveyron y la solución del problema nos ofrece la causa y el alcance de su estado intelectual <sup>12</sup>.

Comienza quizá en este borde inferior del siglo XIX una incipiente pero firme convicción: la identificación de sociedad y pedagogía, la identificación del destino, de la historia de la especie, con la suerte que habrá de correr la enseñanza. Pero en la formulación filosófica de Itard aparece explícitamente desplegada en su entrelazamiento con la reflexión sobre el juego disciplinario de la pedagogía, el lugar privilegiado del lenguaje. El lenguaje había aparecido ya en Condillac como un recurso privilegiado en el tránsito de esa animalidad inanimada de la estatua hacia el orden propiamente humano. Es el lugar de la articulación de las facultades, el

punto de anudamiento de las convergencias entre las lógicas divergentes de los sentidos; pero también el régimen equívoco que hace posible el tránsito de lo singular a lo general, de los regímenes infinitos de la particularidad a los regímenes fundamentales pero inquietantes de la generalidad; entre el confinamiento a un saber incomunicable, a una percepción cerrada sobre sí misma, arraigada al instante y destinada como él a la inminente disipación, y la inmersión en la amplitud sin bordes, sin asentamientos, sin anclajes de la generalidad, en el amplio pliegue del lenguaje que captura y disipa todo estremecimiento de la singularidad; entre el extravío en el detalle, en la percepción ínfima de los sentidos, y la fusión y la confusión de las categorías generales de la lengua y del entendimiento. El lenguaje era la materia de ambas, la lengua se tendía como un trayecto entre ambos polos, hacía posible el súbito predominio de alguno de ellos.

La pedagogía y las intrincadas estrategias institucionales de la educación no podían sino caer en la órbita del lenguaje, someterse a sus imperativos. En el horizonte de Itard se advierte el deseo de enseñar a hablar, enseñar a reconocer los signos de ese objeto extravagante y opaco: la escritura. Condillac aporta ese espectro imposible de su estatua; transitar desde la estatua inerte, ejercitar el claroscuro de las intolerancias, la violencia coactiva y la paciencia, y la perseverancia concesiva. Itard impone progresivamente al "salvaje" la disciplina de la percepción: distinguir las fisonomías de los objetos, el detalle de los perfiles, los matices en las posiciones del espacio, los ordenamientos percibidos en el entorno, los timbres y las calidades tonales, las duraciones y la aspereza de los sonidos, las durezas múltiples y los pliegues de los objetos, sus texturas, la extraña fuerza del imperativo de la voz que lo conduce. Reconocer esos rasgos y trasladarlos al universo incierto, difuso y arbitrario de sus signos, empujarlo penosa e infructuosamente a reconocer y nombrar los detalles del mundo y del comportamiento, rasgos progresivamente más elusivos, más sutiles, más imperceptibles a medida en que se transitaba por la vía de los signos para entonces darles un nombre y un lugar en la intrincada imaginación de las acciones humanas, colectivas. El trayecto de Itard, inscrito en la órbita institucional y ejemplar de Sicard, fue una exploración de las condiciones del nombrar, del vínculo extraño, inasible, irreconstruible entre la percepción de los detalles y la identidad de los nombres y lo nombrado.

Hay un punto en el proceso de aprendizaje que marca al mismo tiempo la fatiga pedagógica de Itard y el límite de sus alcances; es a la vez su culminación y el desengaño: el aprendizaje de la lectura. Itard se propuso, y lo logró, desarrollar la destreza perceptiva que hacía posible a Victor d'Aveyron la identificación de los rasgos visuales de la escritura y el reconocimiento de la lógica que subyace al encadenamiento de dichos

rasgos para dar lugar a una palabra. Pasó entonces del reconocimiento de la materia de la escritura a su asociación con el objeto. Logró también que la palabra fuera recobrada por “el salvaje” como recurso para señalar el objeto. Incluso logró algo más: el empleo de esa palabra escrita para que este ser transicional expresara un deseo y señalara el objeto virtual de su satisfacción. La narración de Itard, impregnada de exaltación, es incluso conmovedora:

Una mañana en que él esperaba impacientemente el vaso de leche que constituía su desayuno cotidiano, tomé yo del tablero las letras L, A, I y T y las coloqué por este orden en una tablita preparada exprefeso; se me acerca entonces madame Guérin y, conforme a lo previamente convenido, mira las letras y me ofrece acto seguido una taza llena de leche, que yo hice además de retener para mí mismo. Un momento después me vuelvo a Víctor y le ofrezco las cuatro letras en cuestión, señalándole con la mano la tablita, de donde las acababa de quitar, mientras le mostraba la otra la taza de leche. Inmediatamente volvió a colocar las letras en su sitio, si bien en un orden perfectamente inverso, de manera que se leía TIAL en vez de LAIT. Le señalé entonces la rectificación que había que hacer, indicándole con el dedo las letras y los lugares, de acuerdo con los cambios necesarios, y cuando, a través de éstos, reprodujo, por fin, el signo de la cosa, no se la hice desear ya más.

Parecerá casi increíble que con cinco o seis pruebas semejantes haya bastado, no sólo para hacerle combinar sistemáticamente las cuatro letras que componen la palabra LAIT, sino también, me atreveré a decirlo, para darle la idea de la relación que media entre la cosa y la palabra [...] [en una ocasión] cuando se disponía, por la tarde, a salir para el Observatorio, le vimos echar mano por propia iniciativa de las cuatro letras en cuestión y echárselas al bolsillo, de manera que no bien hubo llegado a casa del ciudadano Lemerí, donde, como he contado más arriba, acude todos los días a tomar leche, pudo desplegar sobre la mesa aquellos caracteres, de manera que viniesen a formar precisamente la palabra LAIT <sup>13</sup>.

Sin embargo, este es el punto de extenuación del aprendizaje de la lectura. Víctor enuncia una petición y emplea la palabra escrita, inarticulada, muda, como un signo que *señala* la presencia virtual, la ausencia, del objeto deseado al mismo tiempo que expresa el deseo y declara en silencio una petición. Exaltante, ese logro señala el límite de la expansión expresiva del lenguaje en Víctor d’Aveyron. Ese inmenso logro, nimio en apariencia, destinado al olvido, ese desenlace en que el espejismo se funde con el desaliento, esa culminación crepuscular de la pedagogía sensualista, constituye, sin embargo, la formulación de uno de los puntos limítrofes del lenguaje. Este niño se enfrentó entonces a la radical imposibilidad de una transición hacia el uso pleno, no ostensivo de la palabra; pasar de la señal, de la mera indicación, a la metáfora y la ambigüedad, a la organización de las palabras, al juego del discurso, al juego mismo del lenguaje

que emerge apenas, incipientemente en esa señal detenida, en esa petición crispada y suspendida, en esa última aunque velada restauración del silencio. El punto de extenuación de la institución pedagógica en la trama sutil de las formas incalculables del lenguaje.

El sordomudo constituía un punto de fuga, un orden enigmático, un desafío cuya violencia surgía de que se encontraba —se encuentra— en el fin y en el umbral de los nombres y de las percepciones. El niño de Aveyron, sordomudo, animal de inteligencia sorprendente, idiota aparente, adolescente indisciplinado y desafiante, capaz de una asimilación y percepción aguda, sumido en un silencio inhabitable, encuentra, sin embargo un lugar, la adquisición de la docilidad muda, merecedor del olvido de todos.

El gran fracaso de Itard no fue, para sí mismo, el exhibir la bancarrota de una pedagogía enfrentada a las condiciones de su propia finitud, sino el desaliento de una aspiración más íntima: la enseñanza del lenguaje, reconocer esa zona extrema de un enmudecimiento irreversible, ese lugar del “soplo” donde se confunden la vida, la humanidad y el sentido, ese lugar extrínseco a la lengua misma, desde donde se rige la virulencia de lengua y el efecto inconmensurable de su implantación.

## NOTAS

1. 'Carta del 20 de Nivoso, año 8, escrita por el comisario de gobierno de Saint-Sernin, al presidente de la comisión administrativa del hospicio civil de Saint-Afrique', citada por Harlan Lane, *The Wild Boy of Aveyron*, Cambridge, Harvard University Press, 1976, p.9.
2. Citado en Harlan Lane, pp.12-13. El énfasis fue añadido.
3. Michel Foucault, *La vida de los hombres infames*, sel. y trad. de Julia Varela y Fernando Alvarez Uría. Madrid: La Piqueta, 1990, p.89.
4. Pierre-Joseph Bonaterre, *Notice historique sur le sauvage d'Aveyron* (1800), citado por Harlan Lane, p.33.
5. Étienne de Condillac, *Traité des sensations* (1754). París: Fayard, 1984, p.99. (La traducción es mía. R.M.).
6. Étienne de Condillac, p. 257.
7. Étienne de Condillac, p. 258-259.
8. Etienne de Condillac, p. 246.
9. Jean Itard, *Victor de l'Aveyron*, trad. y coment. Rafael Sánchez Ferlosio. Madrid: Alianza, 1982, p.9.
10. Jean Itard, p.7.
11. Jean Itard, p.8.
12. Jean Itard, p.15.
13. Jean Itard, p.50.

## BIBLIOGRAFÍA

- Condillac, Étienne de, (1754), *Traité des sensations*. París: Fayard, 1984.  
 — (1749), *Traité des systèmes*, París: Fayard, 1991.  
 — 1780), *Lógica*, en *Lógica y extracto razonado del tratado de las sensaciones*, Madrid: Aguilar, 1975.
- Derrida, Jacques, (1973), *Archéologie du frivole. Lire Condillac*, París: Denoël.
- Foucault, Michel, (1990), *La vida de los hombres infames*, sel. y trad. de Julia Varela y Fernando Alvarez Uría. Madrid: La Piqueta.  
 — (1963), *Naissance de la clinique*, París: PUF.
- Itard, Jean, (1982). *Victor de l'Aveyron*, trad. y coment. Rafael Sánchez Ferlosio. Madrid: Alianza.
- Lane, Harlan, (1976), *The Wild Boy of Aveyron*, Cambridge: Harvard University Press.
- Starobinsky, Jean, (1971), *Jean-Jacques Rousseau: la transparence et l'obstacle*, París: Gallimard.

RESUMEN

Este texto es una meditación sobre la noción contemporánea de lenguaje, sobre su historia inscrita en la trama compleja de experiencias que ha incitado la aparición de las identidades, de sujetos, de modos de comprensión de la sensibilidad y la anomalía. La historia del lenguaje así se revela no como una disciplina autónoma, sino como un denso mapa de trayectorias implantado en otras múltiples historias de distintas calidades: la siquiatria y sus instituciones; la familia, drásticamente transformada, a partir del siglo XVIII; las identidades simbólicas de parentesco; las mutantes visiones sobre la sexualidad; la aparición de la pedagogía, los marcos intelectuales para concebir la anomalía. El artículo busca, a través de una lectura de Condillac, explorar esta historia que bosqueja menos una transformación lineal de las nociones y las categorías del lenguaje dentro de los márgenes disciplinarios, que el resultado de una acumulación de ecos, de resonancias de las incidencias paradójicas y de alianzas equívocas entre formas de comportamiento institucional y modos de construcción del conocimiento y la experiencia.

ABSTRACT

CONDILLAC AND THE WILD BOY OF AVEYRON (1800):  
SENSATION AND SILENCE

This text is a meditation on the contemporary notion of language, on its history, engraved in the complex web of experiences, which has incited the appearance of identities, of subjects, of conceptions of sensibility and anomaly. Thus, the history of language reveals itself not as an autonomous discipline, but as a dense map of trajectories implanted in other manifold histories of different qualities: psychiatry and its institutions; the family, abruptly transformed since the XVIIIth century; the symbolic identities of kinship; the mutating visions on sexuality; the emergence of pedagogy, the intellectual frames for the conceptions of anomaly. This paper seek, through the reading of Condillac, to explore this history that outlines not a lineal transformations of the notion and categories of language within the margins of a discipline, but the outcome of accumulated echoes, the resonance of the paradoxical impact and equivocal alliances between modes of institutional behaviour and the building of knowledge and experience.